

En esto finca justamente nuestra queja más amarga contra Miguel de Cervantes: quejas, también de él, con ser quien es, las tenemos. Alonso Fernández de Avellaneda le lleva á las justas de Zaragoza al invencible D. Quijote, y lejos de hacerle justar y romper lanzas con el señor de Charni ó con Diego Pimentel, le hace consumir mil necias locuras en la calle, para que le arrastren á la cárcel y le den de azotes. Cervantes, que si no mató al hijo de su imaginación cuando le vió infamado, debió haberle hecho comparecer más alto y garboso en el escenario de la caballería, endereza su camino á Cataluña, y con un cartel infamante á la espalda, le hace dar vueltas por las calles de Barcelona, seguido de un tropel de muchachos burladores, de canalla soez y pícaros, que empiezan á echarle cohombros y cortezas de naranja. Para colmo de absurdo y negadéz, allí está D. Antonio Moreno, su huésped, exponiéndole á la mofa de la ciudad y los insultos de los rufianes; D. Antonio Moreno, hombre de bien y de chapa, según nos le da á conocer Cervantes mismo. Los azotes con el cartel, allá se van: el uno se hundió, pero el otro también cayó. Esta escena del *Quijote*, sin propiedad, porque no es caballerisca; sin decoro, porque las virtudes del héroe están escarnecidas; sin gracejo, por insulsa, es el tributo que los grandes escritores suelen pagar al mal gusto y el error. El paso de D. Quijote en las calles de Barcelona con un cartel infamatorio en la espalda es la burla de Milton en su poema, esa gran majadería donde los demonios se están riendo de los ángeles y haciéndoles fuego de cañón: es Childe Harold cuando se da cordelejo con los trascantones y palanquines de Newgate.

«Sólo en Virgilio, el más puro, más atinado de los autores, no hay — dicen — ni un solo pasaje indecoroso. Y vaya esta excepción, por ser la única, en abono de Cervantes. ¡Oh, y cómo D. Quijote no hubiera pensado jamás en ir á Barcelona! Los caballeros andantes lo son, cabalmente porque corren el mundo en busca de las aventuras; aventuras que los están esperando por encrucijadas y despoblados, no por ciudades curiosas y nada fantás-

ticas. Princesas á la grupa de caballeros moros, gigantes desemejables, endriagos y vestiglos, malandrines y follones, en los caminos y las sierras. Palacios encantados, ciudadelas de honda cava y ancho foso, castillos de torres de plata, enanos, atalayas, encantadores, mágicos, ¿en dónde sino en los Pirineos? Ó váyase á Damiata el aventurero; allí puede cortarle la cabeza al perverso nigromante descaminador y despoblador de las embocaduras del Nilo. Los ejércitos de Alifanfarón de Trapobana y Pentapolín del arremangado brazo, ¿se les encuentra en la esquina de la calle por ventura, entre los regatones que van gritando: «¡Albillo como el agua!, ¡besugo!, besugo?» Todo eso es aventura, y aventura no ocurre donde el policía anda arrastrando el sable, sino donde un loco gracioso puede embestir á mansalva con cuanto vizcaíno y cuanto fraile encuentra por esos mundos de Dios. D. Quijote en Barcelona es un eclipse lamentable: Sancho Panza ha casi desaparecido, y es lástima. Pues el sarao....., ¡qué sarao! Señoras de rumbo, cuales deben ser las que componen estas fiestas, en casas tan principales como la de D. Antonio Moreno; niñas en quienes inocencia y delicadeza no pueden ir separadas; hermosas que obligan á la consideración y el respeto con el porte elevado y señoril, no son para burlarse de un pobre loco, así, como gente de escalera abajo, con tanta ordinariez y grosería, y menos cuando el caballero es huésped de la casa, circunstancia que imprime en él carácter de sagrado. En vez de un concurso de reinas y doncellas caballerescas, donde el gran D. Quijote hubiera resplandecido por la cortesía, están allí cuatro locas que le toman, le hacen dar vueltas, le pisan, le cansan, le marean, le botan y le dejan arrastrando en tierra. «Caballero andante es una cosa que en dos palabras se ve apaleado y emperador: hoy está la criatura más desdichada del mundo, y mañana tendrá dos ó tres coronas que ofrecer á su escudero.» Esto sí; mas caballero andante no es utensilio de galopín, ni objeto que está á los pies de los caballos. ¿No sabían, sin duda, las señoras catalanas que caballeros andantes son señores á quienes sirven las

Gracias, cuyos pies lavan los Amores con agua de jazmín y rosa?

«Nunca fuera caballero  
De damas tan bien servido,  
Como fuera Lanzarote  
Cuando de Bretaña vino:  
Princesas curaban de él,  
Doncellas de su rocino.»

Los palos, como anexos á los andantes, no los envilecen ya; y como el darlos y el recibirlos viene en ellos vertiendo sal, los admite de buen grado el lector, y aun los echara menos, si faltaran; pero los azotes....., pero el cartel....., pero el baile.....  
*Je veulx qu'ils donnent une nazarde à Plutarque sur son nez,* dice el autor de los *Ensayos*, *et qu'ils s'eschaudent à injurier Senèque en moi. Il fault musser ma foiblesse sous ces grands credits.* Sí, que le den un papirotazo á D. Juan Bowle en mi nariz, y se abran á la injuria contra D. Diego Clemencín, si hay españoles sin ojos para ver, sin oídos para oír. D. Quijote en Barcelona es un salsa de perro, un raya en el agua indigno de la púrpura imperial. Mas ¿qué importa ese montón de tierra en medio del verde bosque donde cantan las aves del paraíso tantas y tan bellas y con tan grata melodía? Mujer fuerte, ¿quién la hallará? Obra sin defecto, ¿dónde estará? El *Quijote*, grandiosa epopeya de costumbres, no pudo haber salido sin ningún desbarro que por el contraste nos hiciese admirar la perfección y gracia de la obra en su conjunto; bien así como el desperfecto fortuito de una cara hermosa está recomendando lo cumplido de las facciones y poniéndonos en el artículo de exclamar: «¡Qué ojos!, ¡qué labios! Sin esa excrecencia impertinente, esa mujer fuera una diosa.»

#### CAPÍTULO XI

Entre los pecados y vicios de las buenas letras, el peor, á los ojos de los humanistas hombres de bien, es, sin duda, el que llamamos plagio ó robo de pensamientos y discursos. Crisi-

po en la antigüedad era maestro tan sin escrúpulo, que tomaba lo suyo donde lo encontraba; y suyo era, en su concepto, lo bueno, lo grande que los filósofos alcanzaban á idear y expresar en la academia, el pórtico ó el liceo. Corneille, en nuestros tiempos, ha tomado con admirable franqueza de los autores cuanto ha sido de su gusto y lo ha vendido por original. Ni en el filósofo antiguo ni en el poeta moderno acredita eso pobreza de inteligencia, sino así una como familiaridad y confianza, mediante las cuales los bienes de sus amigos son como suyos, y por tanto buenos para el uso propio.

Había en un plantel de educación superior un estudiante de los más notables por el ingenio, los bienes de fortuna y la posición social de sus señores padres. Rico además, su guardarropa era tan abundante, que bien hubieran podido salir de él de tiros largos todos sus condiscípulos. Pues este gran señor de colegio hacía lo que Crisipo, tomaba lo suyo donde lo encontraba, y suyo era pantalón, capa ó sombrero que podía haber á las manos. Y no que fuese guardoso ruin de lo propio, sino al contrario, tan maniabierto, que los pobretes de entre sus camaradas se emperejilaban, acicalaban y componían por la mayor parte á costa suya. Eso de echarse encima el primer mantón que hallaba, y largarse á la calle, era de todos los días; y muchas veces le sucedió coger y ponerse un turumbaco ó torre de Francia de un buen viejo catedrático, casado en segundas nupcias y doctor en teología; con lo cual queda dicho que el sombrero, si no del tiempo de la conquista, por lo menos anterior al serenísimo Carlos IV, que Dios tenga en su santa gracia. Acuérdomeme haberle topado una ocasión en el portal del Arzobispo de la ciudad de Quito, muy puesto en orden con su buen manteo negro, de vueltas peladas y desflecadas, y el susodicho turumbaco ó torre de Francia, el cual por lo quebrado del ala parecía sombrero de tres picos. Verle y echarme á reír, todo fué uno. Él iba de prisa, según su costumbre: sin pedirme explicaciones ni echarme el guante, pasó ese como Santo Tomás ó San Atanasio, que así me figuro han de haber andado los teólogos de su

época. Como entro yo en el colegio, he allí un clérigo que se me llega cojín cojeando y me interroga: «¿No ha visto en alguna parte á ese loco de Vicente? Aquí me tienes que se fué con mi manteo, pensando que era su capa. — El manteo de usía, señor, y el sombrero del doctor Angulo: por allá va.»

Las prendas que tomaban Crisipo y Corneille eran, sin duda, más elegantes y valiosas; pues yo supongo que no habrán ido á enriquecer sus obras con arandelas y argamandelas teológicas que los hubieran vuelto ridículos por extremo. Escritores hay tan sin género de aprensión, que ni siquiera se toman la molestia de dar otra forma á las alhajas que saltean; donde otros están haciendo memoria y averiguando consigo mismos si tal idea no pertenece á tal filósofo, si este pensamiento no lo expresó ya ese historiador ó poeta. «La verdad es común á todos, — dice uno que se burla de los que le acusan de plagiarlo: — el que la dice antes, no le quita á nadie el derecho de decirla después.» Con la autoridad del viejo gascón, el filósofo de los *Ensayos* ahora poco mencionado, pudiéramos prohiar ó repetir ciertas cosas que cuadran con nuestra índole; mas entre el crear y el imitar, entre el tener y el coger, entre el producir y el pedir, la palma se la llevará siempre el ingenio rico y fecundo que halla cosas nuevas, ó reviste las conocidas de tal modo que vienen á parecer originales y sorprendentes. *La imaginación no es más que la memoria en forma de otra facultad*: si esta es ocurrencia nuestra ó puro recuerdo antiguo y confuso, no lo sabemos; mas como no somos de los que toman *su bien* en donde lo hallan, hemos querido advertirlo en orden á la materia de este capítulo. Pongamos que la idea es de autor antiguo ó moderno; ¿quién nos quitaría á nosotros el poder de amplificarla y desenvolverla según el caudal de nuestras facultades? Sí, la imaginación es la memoria, la memoria tergiversada de tal modo, que no se conoce ella misma: imaginación es memoria cuyos mil eslabones rotos y dispersos va tomando la inteligencia y acomodándolos de manera de formar con ellos imágenes nunca vistas, las cuales son anagramas de las vistas y conocidas. No hay figura que no

sea un recuerdo ó un conjunto de recuerdos: de muchas reminiscencias, la imaginación pergeña un cuadro hermoso y nuevo.

Esto nos engolfaría quizá en el sistema de Aristóteles, según el cual nada hay en el entendimiento que no haya pasado por los sentidos. *Nihil est in intellectu quod prius non fuerit in sensu*. Pero las ideas innatas mismo, ¿acaso lo son ni se llaman así porque le ocurren á uno por la primera vez, sin que antes á nadie le hubiesen ocurrido, sino porque, según el sentir de algunos, nacen con el hombre, sin que en ellas tenga parte la enseñanza del mundo, ni las lecciones que le dan al alma la luz, el calor ni los objetos palpables? Puede haber ideas innatas, y esto en ninguna manera da al través con este axioma: «La imaginación no es más que la memoria tomada por partes, y acomodada de cierto modo que viene á parecer facultad distinta.» Un hombre privado de memoria, de hecho queda sin imaginación: le faltan los recuerdos, las vagas y lejanas reminiscencias, y no le es dado componer esos conjuntos admirables en que el alma se recrea teniendo debajo de su albedrío á esa esclava activa y pintoresca que llamamos imaginación. El orden y la exactitud en los fenómenos y los acontecimientos constituyen la memoria: imaginación, en cierto modo, es desorden y olvido de la memoria. Un collar de piedras preciosas de diferentes colores artísticamente engarzadas representará la memoria: el diamante cristalino, el rubí que está echando fuego, el zafiro de celestes visos, la verde esmeralda, el ónice apagado, todos con sus significaciones respectivas, darán idea de la memoria, esta rica facultad que si se desquicia un punto, cae desbaratada; y las mismas piezas, sueltas y revueltas en resplandeciente muchedumbre, son elementos de la imaginación. Sin almáciga de ideas, no hay facultad imaginativa; y como sin recuerdos el círculo de ideas sería menguadísimo, resulta que la memoria es el aparador suntuoso donde la imaginación toma lo que necesita para sus portentos, los cuales á su vez van á cebar la fuente donde está bebiendo de día y de noche la inteligencia humana.

Este introito psicológico va encaminado á un hecho, y es dar á saber á nuestros lectores, si nos los depara el cielo, que las escenas de nuestra obrita titulada *CAPÍTULOS QUE SE LE OLVIDARON Á CERVANTES* no son casos ficticios ni ocurrencias no avenidas; mas antes acontecimientos reales y positivos en su totalidad, ó convertidos en cuadros completos, gracias á un miembro, un toque, un brochazo que, hiriendo nuestros ojos, se han ido adentro á despertar en el alma el mundo de sensaciones que suele estar pendiente de una reminiscencia entorpecida. Muchas escenas puestas en tono caballeresco son las comunes y diarias, sin otra dificultad para componer de ellas un paso fabuloso, que echarle á la historia cortapisas y arrequives con sabor á antigüedad y caballería. Pocas aventuras ó lugares de nuestro libro recordarán otros de Cervantes; ni podía ser de otro modo, supuesto que, como llevamos dicho, las por nosotros referidas son historias pasadas á nuestra vista ó de las cuales tenemos conocimiento. Componer un libro original en materia agotada por Cervantes nadie dirá que no es un esfuerzo laudable de la imaginación; pero como nos hemos puesto acordes en que la imaginación no tiene gran parte en la obrita, vendríamos á la necesidad de echar mano por el ingenio, si ya fuésemos tan menguados que achacásemos á él lo que tal vez no llamará la atención de los doctos y seguramente no correrá la gran suerte del libro de Cervantes, D. Eugenio Hartzenbusch le dijo á un notable viajero sudamericano \*: «He leído la obra que usted me presentó. El artículo titulado «Poesía de los moros» es de todo mi gusto. En cuanto al «Capítulo que se le olvidó á Cervantes,» le diré á usted que, por bueno que sea, es imitación, y como tal, de menos mérito que las excelentes partes originales que contiene *El Cosmopolita*.» D. Eugenio, por la cuenta, olvidó el gran caso que la Academia Española y los humanistas han hecho en todo tiempo de lo que ha sonado aun remotamente á Cervantes; los dos capítulos disparatados que un desconocido dió á luz

(\*) El Sr. D. José María Vergara y Vergara neocolombiano.

en Alemania vinieron á París haciendo ruido, y merecieron el análisis y el juicio de literatos de cuenta. La continuación de Avellaneda fué semillero de contrapuntos y disquisiciones literarias tan ardorosas, que apenas si han caído las altas llamas que al principio se levantaron de esa hoguera. El *Quijote* de la Cantabria, por del todo necio é insignificante, no ha alcanzado más favor que el inmediato olvido. En cuanto á las imitaciones de Guillén de Castro, Calderón de la Barca, Meléndez Valdés y otros autores ilustres, claro se está que el imitar á un gran ingenio no es cosa de tener en poco, una vez que éstos de más de marca arrimaron el hombro á tan dura labor. El toque está en el éxito, lo repetimos: si Guillén de Castro ó Meléndez Valdés hubieran salido bien, sus obras hubieran sido de gran mérito; así como un Partenón levantado por otro Fidias, en siendo igual al de este maestro, no alcanzara menos admiración que el primitivo. Si para honra del género humano y gloria de nuestro tiempo naciese en la poética tierra de Urbino un artista que tomase, no el cuerpo solamente, sino también el alma de la Transfiguración, y compusiese una obra tan cumplida como la que hoy es riqueza del Vaticano, ¿sería menos admirable que el prototipo de los pintores? Quien nos componga una *Eneida*, en nada inferior á la que ya tenemos, le damos por aprovechado. Boyardo y Berni se están paseando fraternalmente por los Campos Elíseos, y Cástor y Pólux no se hacen mala obra el uno al otro. El punto finca en haber ganado el derecho á la media inmortalidad; ventolera de la cual, gracias á Dios, nos hallamos muy apartados.

El caso fué que un tiranuelo de esos que no pueden vivir en donde hay un hombre y llaman enemigos del orden á los campeones de la libertad, nos tomó un día y nos echó á un desierto. No tantos años como Juan Crisóstomo en el Pitio, pero allí vivimos algunos sin trato social, sin distracciones, sin libros; ¡sin libros, señores, sin libros! Si tenéis entrañas, derretíos en lágrimas. Por rehuir el fastidio, ó quizá los malos pensamientos, tomamos la pluma y pusimos por escrito en tono cervantino